REALICIDIOS

Ángel Martín

EDITORIAL TINTA CHINA

La mujer elefante

Tras una corta pero tormentosa adolescencia, Muriel finalmente triunfó en la vida al convertirse en una exclusiva A.E; es decir, Acompañante Ejecutiva, o sea una prostituta de lujo, o, como lo prefieren los obscenos, una puta cara. Irónicamente, tras su accidente feroz, lo único que le deja algún sustento para vivir es, precisamente, su puta cara.

Los hechos se sucedieron vertiginosamente. Todos los viernes, Muriel era contratada por Freddy Mayo, famosos automovilista retirado y célebre juerguista, dueño de una estancia en Pueblo Purgatorio. Freddy acostumbraba bajarse un fernet con Viagra de un trago y luego pasaba a buscar a Muriel. No la llevaba a ningún hotel alojamiento, sino que la paseaba toda la noche por la ruta a una velocidad excesiva, alucinante, mientras ella le practicaba sexo oral cada cuarenta y cinco minutos. En uno de esos imprudentes viajes, Freddy, a punto de eyacular y cruzar la barrera del sonido simultáneamente, omitió una luz roja que venía de frente confundiéndola con una whiskería de ruta y terminó incrustando su coche debajo de un camión acoplado. El conductor de este vehículo tampoco iba a la velocidad apropiada, ya que estaba deseoso de encontrar una mina al costado de la ruta para justificar su jornada laboral.

Freddy se dio un buen golpe, pero las bolsas de aire lo salvaron del choque. Sin embargo Muriel, que le estaba practicando sexo oral de acuerdo al contrato, no salió tan bien del impacto. Su nariz se pulverizó a la vez que sus dientes se cerraban con fuerza alrededor del miembro de Freddy.

Tras el choque, el automovilista bajó de su auto, feliz por no haber perdido el sentido y se sentó en el medio de la ruta. Cerró los ojos un momento y lo acometió un gran cansancio. La verdadera felicidad, la cual no habría de notar, fue que murió desangrado sin tener conciencia de que su pene había sido seccionado por la dentadura de Muriel.

La acompañante, mientras tanto, intentaba salir, presa del dolor y la confusión, pero conciente de su rostro desfigurado.

La llevaron al hospital donde los doctores vieron con una fascinación lindante con el horror no sólo que la nariz de Muriel había desaparecido, sino que el pene de Freddy, arrancado de cuajo, se había incrustado sobre los labios de Muriel. No obstante, esta calamidad había impedido un coágulo en las vías respiratorias de la acompañante que la habría asfixiado. Para asombro de todos, la joven, en aquel momento inconciente, continuaba respirando acompasadamente a través del orificio del glande. Los doctores, carentes de experiencia suficiente, y ansiosos por una dosis de morfina, resolvieron no efectuar cambios sobre el rostro de la muchacha ya que parecía estar evolucionando con increíble rapidez. Cuando le contaron lo ocurrido se horrorizó y por ese motivo Muriel abandonó el hospital cubriendo su rostro con un velo y sin desear tener noticias de un médico nuevamente.

Una vez en su casa rompió todos los espejos para evitar contemplarse siquiera accidentalmente, le perturbaba la idea de saber que en medio de su rostro colgaba, escuálido y arrugado, el pequeño miembro de Freddy en lugar de su bella nariz. No pasó mucho tiempo hasta que se quedó sin clientes. Contrario a lo que todos creen, la depravación sí conoce límites.

Sumida en la miseria y la deformación apareció un hombre, no dispuesto a salvarla, sino más bien a explotarla con el pretexto de darle una mano. Carente de expectativas,

Muriel aceptó y el hombre la condujo hasta su negocio, una feria ambulante de monstruos. Todas las tardes el hombre la presenta con gran alboroto, entre el hombre manteca y el niño iguana. La multitud se horroriza un segundo cuando Muriel se desprende de su velo, pero en seguida comienzan las risas y los comentarios crueles a la vez que unos niños le tiran maníes confundiendo el pene de Freddy con la trompa atrofiada de un elefante. Muriel se planta firme sobre el escenario, en silencio, soportando esta humillación a diario. Si yo no albergara cierto respeto por las desgracias ajenas, sin duda, me uniría a ellos.

África

Mamá perdió todos sus ahorros en una mala inversión. No teníamos ni para comer. Me arrancó los ojos y los cocinó en una sartén. No soportaba la idea de tener que dejarme morir de hambre. No estábamos en África.

La realidad es un crujir de dientes

Por aquel entonces tenía un mejor amigo. Se llamaba Iván. Una tarde le dije:

—Ya no sé que hacer, estoy cagado.

Me miró de reojo.

—Siempre tan melodramático vos—. Me sirvió una copa de vino— ¿Por qué mejor no decís lo que querés decir?

—Muy bien —. Sorbí un buen trago de la copa, aunque no me hacía falta realmente: ya estaba borracho. —Estaba empeñado en enamorarme. De una vez y para siempre. Salí con un par de chicas, terminé por negarme a llevarlas a la cama. Me parecían bastante tontas y yo prefiero la estupidez en un cabaret.

"Sin embargo, el mundo es mundo y sus posibilidades resultan infinitas. Finalmente conocí a una chica en la facultad bastante centrada. Una de esas que saben bien lo que quieren o al menos lo aparentan bien.

— ¿Y cómo se llama? —Me interrumpió Iván.

—No es importante su nombre. Más importante me parece recalcar su determinación y su concepción del mundo.

Iván sorbió su copa en silencio, irritado por mi falta de respuestas.

—La primera vez que la vi ninguna emoción se despertó en mí. Si bien entraba dentro de los parámetros de belleza socialmente aceptados, descreo del amor a primera vista. Eso se llama calentura.

“Pero el tiempo transcurrió y yo me dejé arrastrar por la corriente. Coincidimos en reuniones que me aburrían bastante, pero cada vez que ella esgrimía una opinión no encontraba nada realmente negativo. Como sabemos los puntos de vista están ligados irremediablemente a la subjetividad y a través de las cosas que uno dice puede discernirse el egoísmo o la manía del otro. Digamos que su subjetividad estaba libre de estos conceptos nefastos.

“Así que antes de darme cuenta estaba enamorado.

“Si he de precisar el momento exacto digamos que fue una tarde que salí de tu casa terriblemente loco para asistir a una reunión en la facultad. Estaba furioso por el comportamiento de algunos profesores y de repente me escuché a mi mismo esgrimiendo mis opiniones basadas en impotencia y envidia. Un espíritu sumamente cuestionable.

“Sonrió ante algún comentario despectivo que hice hacia algún colega y me dijo:

—Ángel, vos y yo deberíamos sentarnos alguna tarde a charlar…

“¡Dios! ¡Si hubiese percibido que le estaba hablando a un neurótico! Claro que deberíamos charlar, no obstante mis sentimientos de cercanía se fueron haciendo más evidentes vi como ella retrocedía lentamente.

“Finalmente, cuando una tarde nos sentamos a charlar en un café vino con una amiga. Una pobre energúmena, solterona, de un pueblo cercano y sin más interés aparente que modificar el sistema educativo como medio para cambiar el mundo. Nada más ingenuo. Nada tan poco interesante.

“Pero bueno, yo solamente estaba ahí por ella. Quería estar cerca de ella. Estaba a punto de decírselo, ya no lo soportaba más. Ni siquiera me importaba lo que podría llegar a pensar su amiga.

“Me interrumpió el zumbido de su celular. Atendió la llamada y mientras la amiga me comentaba no sé qué estupidez sobre un proceso dinámico no podía dejar de observarla. Se puso de pie mientras intentaba simular que me encontraba manteniendo una charla mientras intentaba captar las palabras dulces y suaves que enviaba a través de las ondas que se difuminaban en el aire.

—Un besito para vos también.

“La última frase la oí sin interferencias. Por algún motivo fue tan chocante como cuando intentás hacer una llamada y te sale la voz de una máquina diciendo que no se tiene autorización para realizar la llamada.

“Ella volvió a ocupar su lugar. Había algo raro en su mirada. Alegría, sin dudas.

“La conversación sobre la reforma del sistema menguó inevitablemente para dar paso a situaciones más cotidianas. Dije algo sobre literatura porque mi cotidianeidad parecía limitarse a eso. La amiga perdió el hilo enseguida y a pesar de mis intentos por continuar sobre ese eje, ella, deliberadamente, cambió de tema para incluirla. Sé que no fue por falta de interés pero digamos que aquí se nota una interesante dicotomía entre nosotros y, quizás, el motivo principal por el cual me atraía.

“Vos sabés bien que soy una clase de tipo que se rehúsa a las relaciones sociales. Tengo pocos amigos que varían de acuerdo a mis estados anímicos.

—Gracias. —Dijo Iván mientras llenaba otra vez mi copa.

—Pero ella no. Ella parecía nutrirse de estas conexiones humanas, algo imposible para mí. ¿Cómo puede uno no encontrar tenebrosamente bello algo ajeno a su naturaleza?

“Pensemos en la luna. Siglos enteros el hombre la ha admirado por su similitud con la tierra y a la vez por sus grandes diferencias. Es natural en los hombres asombrarse ante lo imposible, lo distante.

—También podemos pensar en el mar. En la Edad Media los europeos creían que sólo ellos formaban parte del mundo y lo veían como una frontera tenebrosa que ocultaba maravillas. —Agregó Iván.

—Por supuesto. Así que las sensaciones que me perseguían no eran nada especiales. Humanas, meramente humanas.

—Obviamente. Uno no puede rehuir de su propia naturaleza.

—Ajá, y después comenzó a mencionar a su novio. No sólo era parte de su cotidianeidad, además era un mecanismo de defensa. Sé que suena paranoico, pero no deja de sonarme lógico.

“Las mujeres son sumamente perceptivas y al mencionarlo simplemente estaba aniquilando mis esperanzas. Mencionó que se iban a casar pronto. No dijo cuando, pero ese pronto estaba bastante cercano.

—Claro que te voy a invitar, Sol… —Dijo a su amiga con una sonrisa.

“Yo me quedé en silencio. Quise decir algo y hablé sobre el clima. Terrible error. Cuando uno no sabe qué decir habla sobre el tiempo. Es por eso que la gente de campo está tan adiestrada en meteorología.

“Después la amiga se retiró. Tenía que tomar un colectivo.

“Y quedamos

sólo nosotros dos

terminando nuestros cafés

conociendo el significado del silencio.

“Teníamos que hablar de algo, pero ella sabía que no había mucho de qué hablar. Moría de ganas por encender un cigarrillo y le comenté que desde que me contó lo mucho que le desagradaba el olor del tabaco había dejado de fumar.

Iván soltó una corta carcajada.

—Sí, ya sé, es una boludez. Más leña al fuego. Pero era cierto. Estuve cinco días sin fumar ni experimentar más irritabilidad que la de costumbre. Es extraño lo que llega a hacer el amor.

—Entiendo, entiendo. Te hace cambiar. Pero mirá, yo también me sentía para la mierda conmigo mismo hasta que conocí a Mariela. Si bien todavía no pude dejar los vicios del todo… —Elevó su copa al aire. —puedo sentir que me complementa. Además ella también es muy inteligente y capaz y determinada. Lo que tira abajo tu apreciación sobre las mujeres contemporáneas. No todo el mundo es idiota, es cuestión de insistir.

No pude reprimir una carcajada amarga.

—Por eso te digo que estoy cagado. No tengo ganas de insistir. Siento que ella representa el súmmum de mi búsqueda…

Iván dio un largo trago a su copa.

— ¿Sabés todo lo que te falta sufrir para llegar a tanto? Yo descreo absolutamente de los consejos, pero como mantenemos una cercanía me veo obligado a decirte que la desesperación también es cosa pasajera.

—Ojalá. —Murmuré entre dientes. Alcé mi voz un poco más: —Pero por el momento éste es el lugar donde me encuentro. Incluso cuando escribo no puedo escribir sino sobre ella.

—Y bueno, seguí escribiendo. Eso es lo que hacés, lo que te define, ¿o no?

—Sí, pero esto de la inspiración me rompe las bolas.

—Así que estás inspirado. —Replicó Iván no sin sorna.

— ¡Y cómo! Hasta tuve el coraje de leerle uno de mis escritos recientes, sin mencionar que era para ella por cierto, pero sintiéndome terriblemente nervioso a medida que las palabras surgían de mi boca.

— ¿Y ella cómo reaccionó?

—Me dijo que le gustó. Siempre estuve buscando el reconocimiento en los otros, pero que ella me lo haya dicho me sonó como una sentencia. Algo del tipo “serás un poeta o serás nada”.

—Sí, loco, estás trastornado. Pero, ¿quién no enloquece por amor?

—Ya sé, ya sé, no soy especial. Es una estupidez pretenderlo por mi parte. —Vacié mi copa de un trago, tomé la botella y volví a servirme. —Por eso mismo no quiero intervenir en su vida. Además ella ya tiene alguien especial. Se llama Iván también. —Sorbí un trago. —Es bastante mayor que ella, casi una década. Pero es un tipo tan confundido como yo y que sin duda la merece más que yo.

— ¿Te parece? ¿O será que finalmente te volviste un conformista?

—Jaja, no. En la mayor intimidad que me brindó, después que su amiga se fue, hizo un breve repaso de su vida. Llena de problemas como cualquier otra vida. Dijo algo sobre el ámbito familiar conservador religioso en el que había crecido y su necesidad de desligarse lo antes posible de ese entorno. El casamiento le parecía la salida más adecuada, a pesar de las inseguridades de este otro Iván las cuales no pudo evitar mencionar.

—Ah, la inseguridad. Otro sentimiento humano que sólo pueden llegar a experimentar las gacelas y cebras de África mientras las observa el ojo de las fieras.

— ¿Discovery Channel?

— Documentales de Canal 7, ahora que el mundial se juega en Sudáfrica la televisión pública está embelesada por ese continente miserable.

Carcajeamos al unísono como las bestias que éramos.

—Igualmente, tengo que decir que conseguiste lo que querías.

— ¿Te parece?

—Claro, dijiste que lo que querías era enamorarte y lo conseguiste. Después, las consecuencias sólo son consecuencias.

Sonreí mientras terminaba mi copa.

Finalmente una buena compañía parecía haberlo resuelto todo. Cuando uno tiene urgencia por decir algo no hay nada tan reconfortante como hallar un buen oído. Y la verdad que a Iván se le daba bastante bien eso de escuchar. O al menos lo simulaba bastante bien.

—Yo también me voy a casar. —Dijo Iván al fin. Me extendió un sobre blanco.

— ¿Sabés? Esta es la segunda invitación a un casamiento que me dan en el día. La primera fue de ella, y ni bien se fue la hice un bollito y la tiré a la basura. No quiero seguir comiéndome la cabeza.

Y mientras hacía este comentario despreocupado abría el sobre con cuidado. Cursivas doradas formaban el nombre de Iván y su futura esposa, Mariela. Debo haber experimentado envidia una vez más.

En el ámbito académico siempre está la costumbre de referirse al otro por su primer nombre y cuando noté que Mariela era el segundo nombre de la amada de mi mejor amigo lo comprendí todo.

Es un mundo pequeño realmente.

—Así que se casan en el golf. —Comenté simulando alegría. Iván enseñó una sonrisa. Creo que dijo algo más pero yo continué en silencio asintiendo cuando me parecía que era adecuado hacerlo.

En cualquier caso nuestra amistad acababa de morir.

Sólo somos humanos, Iván.

Shhh… A nadie le importa lo que pienses

A José María sólo lo movía una pasión en el mundo (disculpen las damas): coger.

Y si uso términos fuertes en este momento es porque José María poseía un temperamento fuerte propio de esos animales salvajes que matan a sus congéneres machos sólo para sustentar sus genes.

Sin embargo, hablo sólo del temperamento.

Para José María la procreación no sólo significaba un problema más del que desligarse (lo había logrado exitosamente cuatro veces) sino que además nunca lo tenía en mente. Por eso, repito

A José María sólo lo movía una pasión en el mundo: coger.

(Y vean que ya no me siento culpable porque ya no pido perdón)

Su personalidad, además de violenta en algunos casos era, la mayoría de las veces, huraña.

Las mujeres con las que se relacionaba debían soportar esta cualidad además de un exacerbado cinismo forjado en el desprecio de los otros.

Tomemos por ejemplo la noche que una joven acompañante se mostró indignada cuando él la invitó a una fiesta swinger.

—Pero si sos una puta. Dale, ¿cuánto me querés cobrar?

Pero la pobre mina expelía unas pocas razones basadas en un contrato social.

Que a ese lugar sólo van parejas, que la gente se daría cuenta.

—Como se ve que no saliste nunca de este cabarute de mierda. Decime, ¿te gusta ser esclava? Bueno, entonces vení a servirme a mí, ¿cuánto te pagan acá por noche?

Y la mina decía un precio porque todo el argumento anterior salía de la boca de José María como el vómito de un borracho en el baño del fondo.

Disparado.

Irrefutable.

Y José María sacaba una billetera de esas que si se te caen en la cabeza te provocan una contusión y le tiraba unos billetes a la mina.

—Te doy esto nada más para que te calles un ratito. Vení a sentarte acá —Y la acercó a su lado. —Aguantame, ahora vengo.

Y se puso en pie en dirección a la barra.

La madame lo miró con desconfianza, pero hicieron números, fijaron un precio y ambos quedaron conformes.

José María subió a su acompañante a un Audi plateado, impecable. Condujeron en silencio la mayor parte del trayecto. La mina intentó intercambiar unas palabras.

—No te saqué para que hablemos. —Dijo José María la primera vez.

— ¿Qué parte no entendés de que no te saqué para que hablemos? —Repitió unos minutos después.

La mina prendió la radio. José María la apagó. Aceleró.

— La gente siempre piensa que tiene algo bueno para decir.

Aunque José María tampoco apreciaba el silencio.

Apreciaba coger.

Y aunque hubiese sido más fácil echarse un polvo y volver a casa su pasión se alimentaba de las variaciones que ésta podía ofrecer durante el transcurso de su existencia.

Estaba cansado de coger putas sencillamente.

Durante un tiempo las llevó a su casa, probó todo tipo de desviaciones. Y hasta más de una vez lo acompañaron travestis o taxis o un popurrí de los trabajadores sexuales que trascienden las noches.

Pero hoy había algo diferente. Fiesta swinger.

Único requisito, venir en compañía.

Las únicas compañías de José María que podían ser presentadas en un ámbito similar eran prostitutas.

Y aunque la formación profesional de una acompañante de este rubro era evidente a los ojos de cualquiera, era una mujer y a los tipos que iban a compartir a sus mujeres no les importaba.

Y a las otras mujeres tampoco.

Era como esas fiestas que los adolescentes llamaban asaltos, cada uno llevaba una gaseosa o bebidas y se armaba la fiesta.

Ahora la bebida iba por cuenta de la casa, era cuestión de abonar una entrada y disfrutar del cuerpo que cada uno había arrastrado.

Y aunque había algunos ingenuos que lo tomaban como filosofía de vida, José María siempre les decía:

— La gente siempre piensa que tiene algo bueno para decir.

Y nadie entendía gran cosa. Todos estaban en otra.

La reunión había comenzado recientemente.

José María pagó y entró con su acompañante.

Se oía algo de *chill out* desde el pasillo. Un gordo de traje les sostuvo los abrigos. Les señaló el fondo del corredor, estaba oscuro.

La mina que había traído José María se sintió insegura, jamás había estado en un lugar así, era todo tan distinto del pueblo de donde había salido…

Apretó su cuerpo contra el de José María. Éste no tardó en alejarla de sí para comenzar a desvestirse. Ella lo miró sorprendida.

—Dale, no boludees. —Dijo él, y la comprensión dictaminó la voluntaria caída del vestido de noche.

Confluyeron en la oscuridad.

Dentro, gemidos, murmullos, resoplos.

Unas manos femeninas se prendieron de los testículos de José María. Buscando el cuerpo de esa mujer se tropezó con los pechos de otra. Los atrajo a sí y comenzó a chupar los pezones ávidamente, mientras la mano anónima sopesaba su escroto y tiraba de él hacia arriba y hacia abajo.

Unos labios indefinibles comenzaron a mamar su sexo, a la vez que fueron acomodando un condón a su alrededor.

Un dedo comenzó a masajear su ano. Un grosor masculino. Descuidado. José María apartó la mano suavemente con un ligero movimiento de su antebrazo.

Podía ocurrir. En aquella oscuridad todo estaba permitido.

Lo sabía. Todo. Definitivamente.

Su lengua acarició una vagina, lisa y fresca.

Sintió su humedad, su aroma mitad animal, mitad adolescente.

Sin lugar a dudas, la más joven de las que se encontraba.

José María se abalanzó sobre ella y comenzó a penetrarla con voracidad. Realmente le apetecía. La joven lanzó entrecortados gemidos, José María apretó sus pechos firmes, medianos, mientras manos invisibles acariciaban sus cuerpos.

Eyacularon al unísono. Un acompasado suspiro de alivio salió de ambos. José María besó el cuello de la joven. Embriagado en su aroma.

Quedaron quietos un instante en la oscuridad. Como si estuviesen solos. Sin hablar.

Luego ella se levantó y se fue en el mismo mutismo.

José María no se inmutó, no dejaban salir solos a ninguno de los participantes.

Sin embargo, a medida que unos cuerpos fueron desapareciendo, José María consideró que era tiempo de salir.

Se colocó sus prendas en el pasillo.

Corroboró el vestido de su acompañante. Aún estaba dentro.

Le había gustado a la muy puta. ¿Y a qué ser humano no?

José María se fue acercando al vestíbulo lentamente.

Pediría un café y probablemente se cruzaría con su hermana.

Ella intentaría mostrarse sorprendida y quizás algo asombrada y José María inventaría alguna evasiva para disuadir a su joven novio mientras una sonrisa de lobo diría lo que realmente quería decir.

Ah, Vanesa, tan joven en busca de experiencias…

Y su hermana habría encontrado una experiencia que nunca se imaginó. Aunque no por eso dejan de ser estimulantes.

José María lo supo. Lo supo desde el instante en que sus cuerpos se acercaron en la oscuridad y sus aromas animales los delataron.

No titulo

El asunto de Pier siempre me pareció una lástima. Era un excelente pianista hasta que sufrió un desengaño amoroso.

Se pasó una semana improvisando frente a su piano, ya no sentía siquiera sus dedos, los cuales se habían rasgado, habían sangrado y por los que se gestaron infecciones purulentas. No llegó al extremo de perder sus manos, pero no volvió a sentir las vibraciones de la música y sintió que ya no podía más. Hizo una no despreciable fortuna y decidió que lo mejor sería dejar de sentir.

Mirá. Ahí viene cruzando la calle apurado. Ya le tengo lista su dosis.

Sortilegio de alguna clase

Cuando Danilo rebotó con Andrea se sintió incómodo y hasta un poco avergonzado de si mismo. De un día para el otro las bromas que se habían vuelto picantes hasta el momento del rechazo permanecían ausentes de la corta comunicación que establecían.

Se limitaron a un

-Buenas noches.

- Buenas noches. ¿Alguna novedad?

-Ninguna.

Ella cedía su puesto y al cuarto día Danilo fue el único que murmuró:

- Buenas noches.

De despedida, mientras la veía alejarse apresurada.

Luego solamente comenzó a verla cuando se alejaba para memorizar las curvas con que se masturbaría aquella aburrida noche.

-Me la cogí. –Me dijo Danilo unas tardes después. No le contesté nada, estaba mintiendo.

A los pocos días decidió que ya no quería ese trabajo, le molestaba llegar a la parte del

-Buenas noches.

Así que aquella noche lo omitió y omitió también cumplir con su papeleo nocturno. Dejó la oficina echa un chiquero. Una noche intentó entrar con un travesti y un cerdo, pero entonces lo despidieron.

A la semana me contrataron a mí. El mismo turno. Conocí a Andrea quien no tardó en embelesarme y mis gestos amables y simpáticos me impulsaron a preguntarle:

-¿No sería bueno que tomásemos un café?

No sólo estábamos en verano…

-No, gracias, no me gusta el café. Además yo no hago ese tipo de cosas, tengo una relación hace cuatro años, estamos juntados. La verdad no quise confundirte, tendría que habértelo dicho antes.

Con una sonrisa y un ligero movimiento de cabeza comuniqué mi comprensión. Me sentí un tonto.

Ella me cedió su lugar y enseguida se marchó.

Había olvidado al menos un

-Buenas noches.

siquiera cortés.

Ahora no tengo muchas ganas de trabajar. Me quedo dormido sobre el escritorio. Me compro una botella de licor barato. Quiero un travesti y un cerdo… No… Mejor, quiero un cerdo vestido de mujer y un travesti con hiperobesidad y toneladas de comida chatarra para llenar sus hocicos hasta atragantarlos y que me inunden la oficina con el rechazo de sus propios sistemas digestivos saturados.

Creo que voy a renunciar.

Supongo que Andrea ya lo sabe.

Los inocentes también se resienten

Las personas simples no pueden evitar realizar actos simples. Son lo más cercano a la naturaleza que existe en el género humano. Compárese con las fieras salvajes que habitan en una jungla, si tienen hambre devoran otro ser vivo, no hay mayor simplicidad que esa.

Otra analogía, un joven borracho enciende una bola de fuego con sus poemas manuscritos y los deja caer sobre las calles de un pueblo que le da la espalda. Un acto muy simple dadas las consecuencias, agreguémosle una camioneta con luces azules de donde baja una patota aún más simple.

Contra la pared.

¿Qué estás haciendo? ¿Te gusta prender fuego las cosas? ¿No sabés que te podés llegar a mear en la cama?

Las preguntas son cada vez más confusas y estúpidas, hasta llegar al improperio llano o las básicas amenazas.

A este vamos a encerrarlo con el violador.

Uno se pregunta la finalidad de este desperdicio dialéctico, y avivado el coraje intenta participar.

Ustedes sí que están al pedo, perdiendo el tiempo conmigo en lugar de ir a incautar merca para revenderla.

Hay un silencio. La simplicidad es reacia a la mera complejidad etílica.

Que se jodan. Pobres. No saben una mierda. No tienen la más mínima idea.

Pero hay algo muy importante en toda esta cuestión, y es que a la simplicidad no le gusta quedar al descubierto.

Un golpe en la nuca y un intento fallido por morder una pared. Un corte interno en el labio, la lengua apretada por las encías cariadas.

Te quedás callado.

Es una orden. ¿Una orden? ¿De quién? Hay algo horrible que se llama soledad y que los humanos apenas alcanzan a comprender. Este debe ser el principal motivo por el cual se reproducen, y vuelven un acto que debería ser la cúspide de los logros individuales, una burda comedia ligada a la falta de información sobre el control de la natalidad.

Otro golpe, esta vez es un bastonazo en las costillas. Bendito alcohol que trae la insensibilidad del sistema nervioso. Mañana va a doler.

Quedate callado, entendé.

El joven debe rendirse. De rodillas oye el chasquido metálico de la ignorancia alrededor de sus muñecas.

Esto es inaudito. Sólo estaba haciendo arte.

Pero es inútil, como cuando putea a los perros que venían a ladrarle cada vez que regresaba a casa de madrugada. El perro es el mejor ejemplo de la simplicidad del hombre.

Un ignaro deja escapar un ladrido que se asemeja a una risa.

¿Arte?

¿Para qué explicar? La televisión, ese paco familiar sin reguladores, les brinda la experiencia de que son capaces de comprender algo de todo esto. El joven herido más que nada en su orgullo, incapaz de expresar su frustración. Es que hay algo que se llama

lenguaje, común a todos los seres humanos y sin embargo siempre tan descuidado. Subestimado.

¿Quién no se pondría a llorar cuando oye cómo se lo malgasta? Maldición, es una verdadera tragedia, y el motivo por el cual se desencadenan todos los malentendidos. Cuando Pandora abrió su caja, solamente contenía un televisor. Desde entonces todos los conceptos están equivocados.

Retomemos el ejemplo de este joven.

Dos gorilas lo alzan y lo tiran en la caja de la camioneta. Por el rabillo del ojo los ve rascarse su pelaje y comerse las pulgas entre sí. Chillan algo, pero son incapaces de hablar, no hay posibilidad de armar un texto coherente.

El joven siente sus miembros transformarse en una bolsa de arpillera. Piensa en Gregorio Samsa. Quiere decir algo, pero no tienen sentido las palabras. En su mente, ya está, la gente sencilla me ha doblegado.

Una galería de caserón antiguo puede ser reformada. Una pared hasta la cintura y una hilera de palitos de metal, un inodoro como foco infeccioso, un hedor insoportable a humedad y abandono. ¿Alguien opina que vivir en estas condiciones durante siete días es aceptable? ¿Bajo qué motivos los hombres condenan a los hombres a soportar las condiciones infrahumanas?

Es un galpón abandonado, es una cucha para los perros.

Te piden los cordones de las zapatillas con un estúpido pretexto, no quieren ver cómo se cometen locuras. Gran sofisma. La gente simple carece absolutamente de sentimientos de empatía, razón por la cual siempre se vinculan al egoísmo y a la envidia. Que este joven se muera sólo le puede llegar a importar a su madre, y finalmente uno no sabe si no sería mejor ver al menos a una persona preocupado por él.

Es el alcohol, está bien.

O no.

El asunto de los cordones es una táctica de tortura. No se compara con la que utilizaban sus ancestros, al menos en ese sentido se han refinado. Pero la picana es otro asunto y una piedra angular sobre el motivo por el cual una institución que intenta instaurar el orden carece completamente de sentido.

¿Había controladores sociales portando lanzas en las calles de la antigua Grecia? ¿Había descerebrados en las cuatro esquinas del ágora? ¿Esperando qué? ¿Se robaban algo más que técnicas entre sí los sofistas?

El joven plantea cuestiones en voz alta. Nadie entiende mucho. Alguien se ríe, y ese resabio de crueldad desata una furia innecesaria. El joven golpea su cabeza contra los barrotes deliberadamente.

Es una pesadilla recurrente. De repente el niño en el circo es secuestrado y puesto en una jaula, condenado al paso de los días tras barrotes horizontales, soportando las miradas hirientes (aunque se inclinen ante sus muecas, nunca, nunca indiferentes) de los animales que tomaron la ciudad.

La presencia del virus es imposible de evadir. Si todo lo que te rodea es odio y rechazo enseguida uno se mimetiza con el medio. ¡Qué simplicidad! Mimetizarse para ser aceptado en el entorno en el que otros desean colocarte, este es un principio básico sobre la determinación que ha de tomar un individuo. Inevitable como dije al principio del párrafo. Y sumamente simple. ¿Qué hacer? El libre albedrío nos permite ser borrachos y quemar nuestras mediocres obras.

Desgraciadamente el libre albedrío también permite utilizar la fuerza en lugar de las palabras. Creo que esto se volvió aburrido, las últimas dos frases apuntan a lo mismo.

El joven rabia hasta quedarse afónico, al menos no suelta la cháchara de alguien que cree tener derechos. Son preguntas que salen una tras otra como si Sócrates hubiese sido

condenado a beber, en lugar de la cicuta, un litro de vodka luego de una botella de vino barato y con todas las poesías de Ésopo en la cabeza. ¿Cómo no hacer analogías entre animales?

Pero el cansancio también es ineludible, se sienta sobre un colchón húmedo y rotoso y se da cuenta de que ha despertado a su compañero de celda. Uno solo. El supuesto violador que figuraba en las amenazas del perro azul.

También es un muchacho joven, suelta una carcajada. Nunca violó a nadie, trabajaba en el campo cosechando arándanos o algo así. Una tarea sencilla si bien con una extensa jornada laboral. Entre doce y dieciséis horas para regresar a su casa cada día. Dos hijos pequeños. Obligado a la responsabilidad. Demasiado pronto, desde luego. Algo de testosterona lo condujo hasta acá.

Un día llega antes de lo esperado a su casa. Abre la puerta como tantas otras veces, una casa pequeña no otorga intimidad suficiente para evitar oír los resoplidos y gemidos del dormitorio. Su mujer y un conocido, solían compartir cervezas, lo había invitado a su casamiento. Parece que es bastante sencillo ceder a las pasiones sin medir las lógicas consecuencias.

Si uno es simple, no puede huir de esa sencillez.

Cinco puñaladas con el cuchillo de campo para empujarlo hasta la vereda. El infeliz se arrastra cincuenta metros y cae en medio de la calle. La gente simple es morbosa. Una multitud se junta y llaman a la policía.

No obstante no hay discusión, es inútil una vez más. Lo esposan y lo suben al patrullero. Cuenta todo esto compartiendo unos amargos con el recién llegado. El relato de otro ser humano lo ha calmado bastante. Al menos corrobora un puñado de pensamientos.

Como que la justicia no existe.

Como que dios no existe.

Mira con curiosidad una biblia de los mormones, la gente simple, cuando cae en la mala, tiene necesidad de creer en algo superior. Bien por ellos, pero yo no entiendo hasta cuándo lograré soportar el infierno.

La sangre es un lubricante natural

El auto frena. Tomás se sube.

—Uriel. —Se presenta, a la vez que extiende la mano al conductor. Un tipo que tiene poco más de cuarenta.

Está bien conservado pero Tomás tiene buen ojo para el tiempo y sus estragos cutáneos. Examina las patas de gallo del punto.

—Roberto. —Se presenta y estrecha la palma del acompañante. De perfil y con la penumbra, la cara del cliente le resultó conocida.

— ¿Tranquila la noche, no?

—Seee… —Dice confianzudamente el cliente y acelera por la autopista.

—Me estaba cagando de frío allá. —Tomás frota sus manos y ofrece su sonrisa. Joven.

Roberto lleva la mirada fija en el camino. Tomás deduce que está duro. Saca un cigarrillo del pantalón.

—Adentro del auto, no. —Dice Roberto y automáticamente Tomás guarda su Phillip Morris. El cliente siempre tiene la razón.

El auto sale de la autopista. Tomás, intentando dilucidar por qué se le hace familiar el tipo no alcanza a ver el nombre del telo.

—Te doy cincuenta. Nada más.

—Mirame bien. —Tomás esgrime su sonrisa adolescente. —Dejame ochenta y lo hacemos completo.

—Cincuenta y cinco.

—Setenta y cinco. Mínimo.

—Se nota que tenés hambre, papi, mirá que flaquito que estás. —Roberto palpa el cuerpo de Tomás con una sonrisa. La piel joven.

—Setenta y cinco o me bajo acá.

—Está bien. Pero completo.

—Lo que vos quieras, corazón.

Entran al cuarto. Roberto se mete en el baño, cierra la puerta. Tomás se desnuda al compás de la bolsita que abre Roberto en el baño, incapaz de disimular. Queda en calzoncillos.

Roberto sale narigueteando, mira de arriba abajo a Tomás y le sonríe con amabilidad, como un consejero.

—Esos ya no se usan casi…

Roberto desabrocha su camisa.

— ¿No te parecen más cómodos los boxers? Te dan más libertad…

Si algunos clientes no fuesen tan ratas, piensa Tomás.

—El slip es muy de los noventa. —Comenta Roberto como un entendido.

— ¿Qué sabés de moda vos? —Tomás no puede ocultar su tono ofendido.

Roberto sonríe mientras baja sus pantalones.

—Estudié algo de diseño. Me muevo en ese ambiente.

— ¡Qué bueno! Se ve que tuviste suerte… —Pero el tono de Tomás es indiferente.

—No me puedo quejar. —Roberto dice la verdad.

Se acerca a Tomás y le mete una mano dentro de sus calzoncillos. Enarca una ceja.

—Así me gustan.

Le baja el slip y le acaricia el miembro.

—Pero qué linda poronga… —Murmura Roberto.

Sin preguntar, el tipo se mete la pija en la boca. Primero chupa la punta, mueve la lengua con agilidad y raspa suavemente el glande entre sus dientes. Después los veinticinco centímetros de Tomás son engullidos por completo. Luego resurgen. Roberto los vuelve a meter y juguetea con su lengua.

El hombre se tira en la cama, se quita los boxers y empieza a masturbarse. Tomás se coloca un preservativo.

—Vení.

Se coloca sobre Roberto mientras abre las piernas y se inclina hacia atrás, apoyándose en su espalda.

—Cogeme, papi.

Tomás le mete la pija hasta el fondo sin más preámbulos. Roberto cierra sus ojos. La poronga larga de Tomás se mueve rítmicamente, dura como un palo de amasar. La garcha de Roberto, también dura, choca contra su vientre una y otra vez, moviéndose hacia arriba y abajo, acariciando la joven piel suave de Tomás.

Roberto siente como se la sacan despacio, el joven agarra otro preservativo y lo sostiene con sus labios. Se traga despacio el ganso de Roberto mientras con los dedos desliza el forro a lo largo del tronco. Le lame las bolas a la vez que le aprieta la chota despacio.

Tomás se sube sobre su cliente y se mete la choronga en el culo. Se menea mientras cubre de besos el pecho de Roberto. Siente la tensión en sus piernas y el cliente se mueve más rápido, con más ganas que él. Los besos de Tomás ascienden por la clavícula, se entretienen en su cuello y lengua se extiende hasta el lóbulo de su oreja.

— ¿Así, corazón? ¿Te gusta?

—Seee….

El cuerpo de Tomás se eleva, sabe que a Roberto no le queda mucho. Sacude sus caderas hacia delante y hacia atrás, rápido. Siente a Roberto bien adentro.

—Aguantá…

El tipo se quita a Tomás de encima apresurado pero con entusiasmo. Busca en sus pantalones. Extrae un artefacto de madera y se lo muestra a Tomás.

— ¿Qué es eso? —Sonríe.

—Una pera. Me la trajeron unos amigos de Europa la semana pasada. Es como un consolador.

Tomás estudia el aparato con la mirada. No es más largo que la palma de su mano.

—Dejame que te muestro como funciona. Ponete en cuatro.

El joven obedece y se coloca en posición sobre la cama. Siente la pulida madera metiéndose en su ano y detenerse de repente.

— ¿Hasta ahí llega no más? —Tomás no puede evitar un tono risueño.

—Con eso le alcanza. Igual ahora vas a ver como crece.

Pero lo que ocurre realmente es que no se ve, pero puede sentirse. Las paredes del ano del joven se expanden y siente una punta metálica, fría, en su cavidad. Lo sacude un escalofrío.

— ¿Qué hacés?

—No te preocupés. Es un tornillo nada más. Así funciona. Le doy una vuelta…

El ano de Tomás se abre un poco más, aprieta los dientes.

—…Y se agranda, ¿ves?

Tomás sacude el culo esperando que esa cosa salga sola.

—No te muevas, papi. Es peligroso. Te podés lastimar.

Roberto da otra vuelta y la pera se expande más.

—En realidad, lo inventaron como instrumento de tortura, no como consolador. No te dije nada porque quería probarlo. Estoy en pareja, ¿sabés? Y nos gusta probar siempre cosas nuevas, aunque también probarlas primero…

—Bueno, ya está. Me duele. Sacameló.

Otra vuelta. La punta fría lo hace estremecerse y cada vez que su cuerpo se sacude involuntariamente, la presión de la madera le produce dolor.

Roberto da dos vueltas rápidas. Tomás no puede contenerlo. Grita.

—Así me gusta que grites, papi. ¿Te gusta?

—No, no me gusta.

Tomás está furioso pero preocupado. No quiere moverse mucho. Esas últimas dos vueltas lo lastimaron. Mira por debajo de su cuerpo y ve unas manchitas de sangre sobre las sábanas.

—Aguantá un poquito.

Roberto gira el tornillo una vez más. Tomás esta vez contiene el grito, aunque el dolor es más fuerte que la vez anterior. Se le escapan unas lágrimas. Mira hacia las manchas, ahora otras le hacen compañía. Está lastimado.

—Sacame esto ya, la puta que te parió.

—Si no duele tanto.

— ¿Cómo no me va a doler, hijo de puta? ¡Sacameló!

—Si te duele, gritá.

Roberto mueve el artefacto una vez más. Tomás sólo puede ceder y grita. Grita porque realmente le duele, está sangrando y siente que un extremo de su ano se desgarró. Roberto gira un poco más la pera y Tomás siente un líquido caliente sobre la espalda. El cliente acaba.

La pera no tarda en achicarse. Roberto la retira, la cubre con un pañuelo y la vuelve a guardar. Tomás, en posición fetal sobre la cama, siente que su ano late. Lo palpa y descubre sangre en la punta de sus dedos.

—Me hiciste mierda, la concha de tu madre.

Furioso, Tomás intenta levantarse pero siente una punzada en su espalda baja. Se lleva la mano instintivamente.

—No es nada, bombón. —le dice Roberto. —Andá a lavarte.

Tomás se levanta como puede y se mete bajo la ducha. El agua le hace arder la herida. Aprieta los dientes. Deja que el agua lo limpie. Se seca con cuidado, con papel higiénico.

Cuando sale del baño Roberto ya no está. Un billete de cien lo espera sobre el colchón. Al lado del papel, sus manchas de sangre ya se secaron. Toca su herida, la sangre empezó a coagularse. Todavía le queda alrededor de una hora en la habitación.

Enciende el ventilador de techo, se tira sobre la cama con el culo para arriba y prende la tele. Hace zapping.

Se detiene en un canal donde hacen una entrevista a un diseñador de ropa. La sonrisa es inconfundible, la manera de hablar y el mismo peinadito de gay cuarentón de recién. No hay duda.

El rostro le resulta extremadamente familiar, aunque en la realidad es más petiso. Y más sádico, por cierto.

Tomás murmura en la habitación, solo.

— ¡Cómo no me di cuenta!

La otra alternativa

Papá tenía una familia secreta en la heladera. Todas las mañanas que decía salir a trabajar, en realidad se metía en el aparato.

Un día se fundieron los burletes de la heladera y conocí a mi medio hermano.

Quise abrazarlo, pero como era verano, me dijo que lo más prudente sería conservar la distancia ya que podría derretirse.

Invitación al paraíso

Me gustaba llegar a la costa y comenzar a escribir ahí. Sentarme sobre la rambla y mirar hacia abajo.

Sobre una pequeña cornisa alguien siempre dejaba una tuca, y no dudaba en darle fuego disimuladamente. El efecto me permitía concentrarme en mi tarea, sentir la fluidez de las palabras surgir desde mi cerebro.

Mi cerebro.

Que había estado prácticamente muerto.

La resurrección mental, la única resurrección posible. La intervención no había funcionado, nadie me había brindado el apoyo que realmente deseaba y el mundo era un lugar demasiado intrincado, pero tan sencillo a la vez que requería de toda mi concentración. Ahora estaba concentrado.

Sentía que alguien me rondaba…

Estaba demasiado ocupado con mis ideas, preguntando dónde podría ir si continuaba sintiéndome de esta manera.

Sin un centavo en mis bolsillos,

mis bolsillos rotos no podrían contener ninguna moneda.

Pero eso no importa, me digo, ¿o se ve?

Lo que sí se ve es mi pelo sucio y enredado, duro.

Mis uñas mugrientas divorciadas de toda manicura.

Mi ropa vieja y gastada.

¿Qué tendría que hacer para mejorar mi aspecto y que te fijes en mí?

¿Conseguir un trabajo?

¿Y después qué?

Quejarse es el consuelo de aquellos que no seremos nada en la vida.

Patética pero simpática angustia existencial. Aún estaba en busca del camino, simplemente eso.

Exhalaba el humo de la marihuana lentamente, reteniendo aquel regalo de un desconocido y disfrutando cada segundo que iba quemando mi garganta, enrojeciendo mis ojos.

Una anciana se acercó a mí, dubitativa. Yo ya la había estado observando con curiosidad, andaba repartiendo unos volantes y cada tanto me echaba una mirada.

Yo escribía y me escondía entre mis papeles y garabatos. No tenía el más remoto interés en saber algo de ella.

Sin embargo, al Caos poco le importan nuestros intereses… Es una fuerza de propósitos.

La anciana pronunció un buenos días casi inaudible, y yo, incapaz aún de faltar el respeto respondí algo similar en un tono más audible.

Me preguntó si era estudiante o periodista. Ninguno de los dos, dije. No parecía contenta, así que debió seguir preguntando.

Entonces, ¿para qué escribe?

¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Cómo se supone que la responda? Para no andar molestando a la gente en la calle, vieja de mierda, le dije.

En mi imaginación.

En realidad no supe qué responderle, me quedé sonriéndole como idiota y con la mirada perdida mucho más allá de esto.

¿Puede ser que usted esté perdido? La pregunta me causó cierta gracia, pero logré contener una risa que inevitablemente se hubiese vuelto carcajada. Me tendió un folleto y lo tomé. Apenas lo miré sonreí al leer otra pregunta.

¿Cree que Dios no tiene un plan para usted?

Lo leí en voz alta, fingiendo un nivel de lectura de retrasado mental.

Luego miré a la anciana quien comenzó a hablarle al vacío sobre los beneficios que recibiría si me unía a su mentira diseñada por inescrupulosos comerciantes que le ponen precio a lo último puro que había tenido el ser humano: la fe.

La anciana llevaba unas gafas gruesas, pero aún así pude verle un brillo de fanatismo en sus ojos.

Sabía que al terminar su monólogo del paraíso remataría con otra pregunta. Así la manera en que lo hacen.

Te arrastran con preguntas hasta que te hacen la definitiva, ¿aceptás a Jesucristo como tu Único Salvador?

Y si contestás que sí, estás cagado. Tu mente débil es carroña para estos cuervos.

Sabía que mi respuesta sería no, aunque una vez había dicho que sí. Por supuesto, uno siempre conoce bien aquello que odia.

Ya me había entretenido bastante. No quería quedar como un idiota sin poder responder otra pregunta, y que eso conlleve a otra pregunta.

Abollé el panfletito entre mis manos y lo tiré al suelo, a pesar de la clara advertencia de no arrojar en la vía pública.

Me pareció curioso, pero no del todo, que un folletito como aquel tuviese una sentencia propia de los volantes publicitarios.

A veces me sorprende la simplicidad que adquiere la realidad.

Me levanté sin decir palabra y me alejé tranquilamente sin mirar el rostro de indignación de la pobre anciana.

Me dio lástima por ella, pero explicarle que lo que hacía estaba equivocado no tendría sentido.

Cuando uno acepta a Jesucristo como su Único Salvador también acepta y ejerce el derecho de ser un perfecto descerebrado.

Avancé un trecho y miré hacia atrás. La vi levantar la publicidad y plancharla con sus manos para quitarle las arrugas. Como si tuviera algún sentido hacerlo.

La compasión que pude haber sentido antes se extinguió. En términos vulgares y simples como aquella realidad, no era sino otra vieja de mierda.

Borracho en el confesionario

Joaquín se había emborrachado de nuevo. Cada vez que lo hacía parecía peor que la anterior. Probablemente esto ocurría porque no hay mayor desafío que el presente y lo pasado, pisado.

Después de algarabía sociable que brinda el alcohol, y por seguir bebiendo, Joaquín se puso muy triste. Dando tumbos, logró finalmente ubicarse en una mesa.

A su lado, Pablo fumaba un cigarrillo tranquilamente, sabiendo la escena que vendría a continuación.

—Tenía ocho años… —Comenzó Joaquín, sus palabras temblorosas— Mamá había salido y papá laburando. Mamá había ido a hacer unos mandados, enseguida volvía.

Pablo aplastó su cigarrillo contra el cenicero, miró a Joaquín e intentó prestar atención a su historia, más por aburrimiento y por la hora que era. Tan cerca estaba el final de la noche.

—Era verano cuando me dejaron al cuidado de Walter. Él era el hijo de la vecina. Walter tenía veinte… No… Veintiún años. Estaba a unos gramos de ser obeso y era bastante simpático. Mamá le tenía la confianza suficiente como para dejarlo al cuidado de su más preciado tesoro en aquel entonces.

“Walter me hacía compañía regularmente, jugábamos al Atari que tan de moda estaba entonces durante horas y horas. Y lo disfrutábamos.

“A mí me dejaban encerrado en casa, el suburbio le generaba demasiada desconfianza a mamá y recién siete años después supe lo que era un potrero. Sí, reíte, pero es la verdad.

Joaquín lanzó una risa estrepitosa y ruidosa, molesta. Pablo ni siquiera había sonreído.

—Era verano, y con cuarenta grados de térmica, la pelopincho era el paisaje ideal para pasar la tarde. Una mediasombra era refugio suficiente para la lluvia de rayos ultravioleta.

“El agua me llegaba hasta el pecho, y con los rollitos que tenía, y sigo teniendo, era como un chanchito acuático con la felicidad de un cordero.

“Me zambullía, jugaba a que nadaba pero la profundidad no era suficiente para hacerlo de verdad. Sin embargo el largo de la pelopincho era aceptable y podías hacer la plancha al menos. Es cansador, eso sí, con los kilitos que acumula un chico saludable.

“Walter me miraba desde el borde, aprobando mis infantiles volteretas con una sonrisa y fingiendo molestia cuando lo salpicaba con una gotas. Me acerqué al lado de él y lo invité a un concurso para ver quién aguanta más la respiración bajo el agua. Complaciente, me sigue la corriente y me deja ganas unas cuantas veces.

“Pero al ratito me aburro, viste cómo es uno de chico… Nos salpicamos y corremos de un extremo a otro de la pelopincho. Por ahí, un movimiento brusco deslizó mis shorts por debajo de mis nalgas y con pudor me apuré a acomodarlos. Walter se rió entonces desde el otro extremo de la pelopincho, y empieza a imitar lo que me había pasado en tono de broma. De espaldas, se bajaba y se subía rápido el traje de baño. Un culo grande y gordo color café con leche, con apenas unos pelitos surgiendo del surco superior, me provoca risa.

“Entonces me doy vuelta yo y lo imito, con la misma velocidad pudorosa de la primera vez. Lo hago continuamente, riendo, hasta que una palmadita, tímida, suave, me sorprende en mi blanco y gordo culito. Me acuerdo bien que me di vuelta y él me sonreía, así que supuse que estaría todo bien. Él vuelve a bajarse el bañador y yo le devuelvo las palmaditas.

“Después de un rato, y aún riendo, Walter va a un extremo de la piscina y me llama. Yo me acerqué y me senté a su lado. Siguió con la misma gracia, ahora sentado deslizaba su traje de baño un segundo y lo volvía a subir. En una de esas, le veo la poronga. Abro los ojos como platos y yo que soy un boludito, lo imito.

“Walter lo volvía a hacer cada vez que yo lo hacía, pero le agregaba pequeñas variaciones. Por ahí se agarraba la pija y estiraba la piel para atrás. Y yo lo imitaba, pero con una garchita de la mitad del tamaño del dedo índice de Walter.

“En una de esas él saca la morcilla y la tiene bien dura. Lo aprieta y lo suelta y se va poniendo cada vez más grande.

“Yo saco mi pitito, tiro la piel para atrás, lo aprieto y lo suelto y siento que se me para un poco. Hago los mismos movimientos una y otra vez, me lo aprieto un poquito más cada vez y siento cómo se expande dentro de mi puño cerrado. Walter sigue haciendo lo suyo, el ganso le crece del tamaño de la mano.

“Después veo, y esto no me lo olvido más, cómo empieza a deslizar sus dedos por el tronco. Rápido. Para arriba y para abajo. Entonces se frena y deja al descubierto una poronga gorda y dura que le choca con la panza. Yo también me frené, haciendo fuerza en vano para quedar del mismo tamaño.

“Ahí mueve una mano por debajo del agua y con una mano me cubre el chizito, la cierra alrededor mientras siento como late en toda su extensión.

“Saca la mano y toma la mía, la lleva por debajo del agua hasta su verga. Pone mi mano sobre la punta e, instintivamente, cierro mi mano, sintiendo latidos como si estuviese frente a un corazón agitado. Lo miré y estaba sonriendo.

“Entonces Walter se paró, con la chota bien arriba y se empieza a pajear. Lo imito y sigue sonriendo.

“Tenía una mano libre. La llevaba hasta mi ingle y empezaba a acariciarme las bolitas y el maní. Después me agarró la mano y la frotó suavemente por sus huevos, llenos de pendejos y apenas discernibles en esa espesura.

“Primero apreté uno y después el otro. Voy acelerando el ritmo hasta que vuelve a agarrarme la mano y me hace envolverle la morsa, me aprisiona los deditos con su manota. Desliza mi mano una y otra vez, a su gusto, cada vez más rápido.

“Mis deditos de infante sacudían su goma gorda y caliente, hacia arriba y hacia abajo. Sin que él me lo pida empecé a tocarle los huevos con la otra mano y el sonreía.

“Los dedos que aprisionaban mi manito, en un segundo, se ponen rígidos y comienza a desliarse más rápidamente. Me apretaba un poco, pero no me dolía. Como un boludo le zamarreaba la gacela cada vez más rápido, le apretaba un poquito más los huevos…

“Y entonces un chorro de leche sale como un escupitajo que da de lleno en mis rollitos de chanchito acuático. Me quise limpiar, pero la mucosidad me quedaba pegada a los dedos.

“Walter lo limpió pasando su lengua por mi pecho, intercaló unos besitos y me chupó el pezón derecho.

“Después nos sentamos en el borde de la pelopincho, en silencio. Después se tapó el chingo y tapó el mío con cuidado. No dijo nada. Le mostré mi pito de nuevo sonriendo, como para que el juego continuase, pero me ignoró por completo.

“Salió de la pelopincho, secó su cuerpo fofo y se puso una musculosa.

“—¿Cómo se portó el nene? —Escuché a mamá preguntando en la cocina.

“—Bien, bien. —Contestó Walter, simpático y tranquilo.

“Después nunca más volvimos a quedar solos en casa. Un tiempo después dejó de venir a visitarme. Nunca supe por qué, o si le había gustado lo que había hecho tanto como a mí.

Joaquín dio un golpe fuerte sobre la mesa.

—Sí. Me gustó. Me gustó.

Pablo miró la hora en el reloj de la pared, incómodo.

—Nunca le conté esto a nadie, ni a mi vieja. Vos sí que sos un amigo, Pablito.

— ¿Y por qué mierda me contás estas cosas a mí? ¿A quién le interesan esas asquerosidades?

Pablo se puso de pie y se retiró del local. Ya era tarde. Eso era lo único que le importaba.

Denster regresa

Denster había muerto unos días atrás. A pesar de esta grave disfunción, una mañana su mujer lo encontró encima de ella, manoseándola.

Apretaba sus pechos caídos y besaba su cuello apasionadamente, pero el asqueroso hedor fétido de carne en descomposición y órganos podridos la deserotizó al instante.

Lo apartó de un empujón e intentó echarlo de su casa, pero Denster se rehusó porque, a fin de cuentas, esa casa era tanto de él como de ella.

Las sociedades se enferman a sí mismas

Después de un tratamiento siempre quedan secuelas, cosas pendientes. La peor de todas en los tiempos que corren es, sin lugar a dudas el seguimiento del paciente.

Terapia de grupo. El taller tenía un título apropiado.

APRENDIENDO A RELACIONARNOS

A mis ojos un grupo de gente normal, cotidiana, que pasaban la tarde contando anécdotas del día a día tras su recuperación. Apoyo mental. Cuando te sentís mal, según no sé qué estúpida teoría, compartir el dolor con otro hace más ligera la carga.

Bendita estupidez. No hay nada peor que dos personas reunidas en llanto en una sala llena de desconocidos que actúan de la misma manera.

Por aquel entonces ya no tenía ganas de llorar. Me sentía bastante triste, es cierto, pero supongo que el que me quitasen parte de mi medicación tenía algo que ver. Algo así como un síntoma de abstinencia, una depresión, una sustancia que se segrega después de mucho tiempo, inundando los canales del sistema nervioso, imponente como un río que destroza una represa.

Pero nada de llanto.

Fue una verdadera lástima, porque enseguida me sentí atraído por una chica muy simpática. Morena, delgada, una bella sonrisa y un culito redondo como una manzana.

Hablaba conmigo, me contaba sobre lo difícil que era sobrellevar el día a día. Concluía con un optimismo a regañadientes que al menos continuaba con vida y la apreciaba más que nunca. Se secaba una lágrima pequeña del borde del ojo, sin poder ocultar las profundas cicatrices en sus muñecas y a lo largo de sus brazos.

Yo apoyaba una mano en su hombro mientras ella tenía la cabeza gacha, le decía palabras de compasión, y daba un ejemplo cotidiano que inventaba. La mayoría de las veces mi discurso terminaba con una sonrisa, ya que me era imposible sonar más lacónico. Eso me ocurre cuando miento, no puedo sonar tan serio como quisiera.

A mi alrededor otros grupos se estrechaban en llantos, y lamenté verdaderamente no poder llorar y acariciar la bella piel de mi compañera.

Finalmente no pude contenerme, y como tantas otras veces mi discurso le había levantado el ánimo, rematé la conversación invitándola a salir. Me miró sorprendida, no supe por qué. El silencio duró sólo unos segundos pero mi risa se volvió rígida y nerviosa al percibir el rechazo.

Ella no volvió a la semana siguiente, y fue una verdadera pena. Supongo que nos hubiese ayudado a ambos el dejar de estar tristes.

*

Así que todo estaba más o menos como al principio. Seguía aprendiendo a relacionarme. Incluso de las cosas que salen mal se aprenden.

Mi última habilidad era la de poder hilvanar hechos intrascendentales como lo hace la mayoría de los seres humanos. Que sean verdad o mentira poco importa en estos casos.

Sin embargo parecía haber alguien en un nivel más avanzado que el mío. Cuando yo llegué ya estaba allí desde hacía tiempo. Se hacía llamar Tewal. Todos le decían Tewal. Sufría esquizofrenia y a pesar de la gran cantidad de medicamentos que consumía se lo veía lleno de energía. No andaba ni atontado ni perdido. Muy pulcro y cortés, simulaba su disfunción a la perfección.

Tewal era, ante todo, un narrador. Pero un narrador descabellado, casi a la altura de un Boris Vian si se le soltaba un poco la lengua. Pasaba horas y horas hablando, con uno y con otro, tanto como le diese el tiempo. Hilvanaba sus imposibles historias y muchas veces él también suscitaba una sonrisa después de sus palabras. Así es, cada vez que habría la boca la cagaba, le salía toda la puta esquizofrenia por la boca como un vómito espeso de historias cotidianas en las que el era el héroe (o el anti-héroe, dado el caso) de la tierra del Diazepam. Lo verdaderamente malo eran sus finales banales, carentes de toda sorpresa. Uno no sabía si reír o llorar, pero la mayoría no podía evitar simplemente sonreír. No te entiendo, pero me estás enseñando mucho. Y su interlocutor quedaba contento suponiendo que para que el mundo sea mundo tiene que haber todo tipo de personajes.

*

No pasó mucho tiempo hasta que me llamó la coordinadora del taller. Estaba molesta por algo que pude dilucidar al instante, me citó uno de los preceptos del taller: no es bueno para el tratamiento que los pares intimen.

¿Intimar? ¡Pero si yo no había intimado con nadie! ¡Soy inocente! ¡Inocente y boludo, como todo inocente!

La coordinadora dice que recibió un llamado de una de las chicas que dejó de venir, explicando los motivos. Pude ver en su mueca de desprecio que no era el primero que intentaba quebrar una de sus reglas, y vi escondidas en sus profundas patas de gallo sus deseos frustrado por no haber podido estudiar una carrera en medicina y tener una profesión más útil. Ella era peor que los doctores.

No estaba bien, decía ella, que los pacientes se vinculasen emocionalmente.

¿Pero acaso no llorábamos juntos?

Era distinto. Una cosa era tener un compañero en el dolor, y otra muy distinta una pareja de psicóticos juntas. ¡Quién sabe lo que serían capaz de hacer!

Le digo, con sarcasmo, que creí que estábamos aprendiendo a relacionarnos.

Para ella mi cinismo sólo era un mecanismo de defensa.

¿Un mecanismo de defensa? ¡Muy bien, me defenderé de insectos como usted y como ella que la llama por teléfono! ¡Ni siquiera tuvo el valor de rechazarme desde un principio!

Me pide que me relaje. En realidad estoy relajado, me divierte la necedad de los que tienen la razón siempre.

Me repite por tercera vez el precepto fundamental de no fraternizar y agrega que a pesar de todo es muy normal sentirse así de confundido. Sobre todo cuando se está solo. Venimos a aprender a relacionarnos con el exterior.

¡Qué estupidez! ¿Por qué querría relacionarme con eso?

Ella sonríe, nerviosa y yo también.

Lo que pasa es que, según ella, todavía estaba confundido.

¿Aprendamos a relacionarnos? ¿Yo confundido?

Y después de eso no volví a tener conexiones con aquel grupo.

África II

Cuando crecí, mi madre adoptó un niño de Mozambique. En realidad fue todo una farsa.

Una tarde, mientras los oía hablar, el niño de repente dijo “Batería baja” y luego se quedó en silencio.

Mamá no pudo ocultar una mueca de vergüenza en su rostro.

En la guarida del Dober

El Dober le pregunta a Josele qué onda, si va a venir.

Sí, ya viene, le confirma Josele con una sonrisa.

Josele le pregunta al Dober qué onda, si va a traer la guita.

Y el Dober se levanta y no tarda en volver.

Deja caer quinientos mangos sobre la mesa y luego su puño golpea el borde. Ansioso. Le dice que quiere ver todo el asunto, que no quiere que lo caguen como la vez pasada.

Quedate tranquilo. Josele.

Un celular vibra y Josele lee el mensaje en voz alta. Estoy abajo abrime.

Se pone de pie de un salto y le avisa al Dober que lo espere.

Josele abre la puerta y se pierde bajo las escaleras. El Dober mira sobre la mesa. La guita no está.

Está todo bien sabe el Dober, se sienta en uno de los sillones y se prende un pucho. Prende el televisor. Se queda mirando una mina en pelotas. Los rayos catódicos del viejo aparato transmitían a los espejos de su alma las inalcanzables tetas de Rocío Marengo. Y su culito.

El Dober viaja como un témpano en un vaso de cerveza. Demasiados porros.

¿Cuánto tiempo pasó? ¿Quince minutos? ¿Diez? Josele tendría que haber estado de vuelta en cinco minutos.

El Dober se mira la muñeca, el reloj. Qué onda, piensa.

Sí, podrían cagarlo de nuevo. Esta vez había puesto una suma grande. Y la idea era recuperarla.

Sí, Josele sería capaz de brindarle su confianza hasta que la guita fuese mucha. Al principio nada más le hacía la onda para él. Un cien pesos, un doscientos si tenía que laburar todo el fin de semana. Eso pasaba casi siempre, y para solventar los gastos se puso a vender entre los clientes de la barra.

Así que el negocio prosperó.

Pero antes de Josele, se había comido las mil y unas. Habia muchos giles en la calle. Josele se los conocía a todos, pero este con el que iban a hacer la historia ahora no le caía bien al Dober. La semana pasada habia pegado una suma mínima por ser fin de año y la cosita no valió la pena.

Serían muy capaces los dos de hacerse los boludos con la guita.

El Dober se pasa una mano por la cara. Transpira. Arriba del televisor la botella de cerveza está vacía.

El Dober cierra los ojos.

Se pone en pie de un salto y agarra la botella por el cuello. Parte la mitad sobre el televisor y la imagen comienza a verse lluviosa. Baja las escaleras corriendo.

En la vereda Josele y el otro gil se fuman un churro y hablan.

El Dober le pregunta a Josele qué onda.

Josele sonríe y le presenta al transa. Pichón. Se dan un fuerte apretón de manos mirándose a los ojos.

El Dober vuelve a preguntarle a Josele, qué onda.

Aguantá que él no tiene, pero recién mandamos a un pibito acá a dos cuadras, a lo del Polaco. Es conocido del chabón, dice que tiene la onda allá.

La calle está llena de extrañas promesas.

Ya fue, dice el Dober y le muestra la botella a Josele. Con el Dober no se jode.

El vidrio se entierra en el vientre de Josele y comienza a rasgar en dirección ascendente.

El Dober no se detiene, la sangre de su compañero mancha sus brazos, su rostro y su pelo.

Josele no puede parar de gritar por el dolor, y el Dober retuerze el vidrio atravesado en las entrañas. Quiere despedazarlo. No le importa nada, ni siquiera el escándalo de la motito del transa, que se va a la mierda.

Josele cae al suelo y el Dober le revisa los bolsillos. Tiene todos los billetes prensados en ambos bolsillos. Era sabido.

El Dober mira hacia atrás y ve un patrullero acercarse a toda velocidad. El ruido de la sirena va inquietando sus tímpanos, hasta que se detienen frente a él.

El Dober se pasa una mano por la cara. Transpira. Igual que una botella de cerveza bien fría arriba del televisor.

El Dober cierra los ojos.

Y los vuelve a abrir.

Escucha el ruido de la puerta que se abre. Josele entra al departamento.

Y, qué onda, le pregunta al Dober. Te quedaste dormido, amigo.

Sí, ¿pintó? El Dober.

Josele abre una bolsa con un ladrillo. El Dober sonríe.

Viajaste, chabón, dice Josele.

El Dober sigue sonriendo.

Vamos a armar una.